

ciendo que, respecto de América, el ganado humano, transportado en condiciones desastrosas, sufría enormes pérdidas, y que al mismo tiempo que iba despoblando África, el precio del negro se hacía inabordable para los colonos pobres, lo que no podía menos de producir un cambio radical del sistema y la ruina de las colonias. En resumen, el negro sale perdiendo.

—Me parece dudoso, dijo Rive, por decir algo.

—¡Dudoso! Pero no ve usted la esclavitud subsistente en África de una manera mucho más feroz? Además la trata de negros suprimió la antropofagia; pero desde que las tribus no venden sus cautivos han vuelto á comérselos.

—¡Qué horror! exclamó la señora Bonnelle.

—Ó si no se los comen, continuó el señor Bonnelle, los matan para no mantenerlos. En los días de grandes fiestas, sea por capricho del déspota, sea por costumbre religiosa, las tribus hacen solemnes hecatombes. De algún modo han de suprimir bocas inútiles en un país en que se perpetúa el hambre.

Y viendo que su mujer se estremecía de nuevo, sin duda por el contacto del pie del capitán bajo la mesa, Bonnelle añadió:

—Pero si en todas partes sucede lo mismo... Verdad es que nuestra sociedad no mata los vencidos, mas su organización los obliga por la miseria al suicidio. La forma no es tan dura, pero el fondo es el mismo.

—Sí, dijo Rive; se nos habla de tribus salvajes que devoran sus ancianos; pero yo pregunto, ¿qué se hace con los obreros viejos en nuestras poblaciones industriales?

—Pues sencillamente, dijo el señor Bonnelle, mueren trabajando ó envenenados por el tabernero, y el resto es carne de hospital, donde suele darse el caso de que antes de emprender con seguridad una operación quirúrgica sobre el cliente rico, se ha ensayado medio docena de veces sobre pobres diablos que no la necesitaban.

—Eso es vivisección, dijo Rive.

—Indudablemente, confirmó Bonnelle.

—¡Oh! exclamó la joven, eso es horrible.

Con una piedad que parecía mezclada con extraña voluptuosidad, la señora Bonnelle describió detalladamente las crueldades de los que practican la vivisección, que dijo conocer por una amiga: habló de perros privados de estómago para saber cuántas horas podrían sobrevivir á esas mutilaciones, y respecto de otras operaciones menores, afirmó que los mismos animales se conservan para diez, veinte ó treinta experimentos, por economía, y por economía también se suprimen los anestésicos.

Diciendo esas cosas parecía escucharse y atender á la gracia de sus actitudes, y resultaba encantadora la expresión de horror que contraía imperceptiblemente su rostro, y más aun la emoción que le causaba sentirse cortejada por Rive en presencia de su marido.

Entretanto el pie del capitán avanzaba, y la joven, correspondiendo á tales osadías, mezclaba á su relato cierta expresión de dulzura; la piedad de su mirada adquiría caracteres amorosos, y con ojos velados por lágrimas terminó con estas palabras:

—¡Cuando los animalitos gritan demasiado les dan patadas en el vientre!

—¿Cómo se tolera eso? preguntó Rive.

—Exigencias de la ciencia, que tiene buena espalda para llevar la carga, dijo Bonnelle. La verdad es que se trata de animales, y nadie hace caso.

—Aunque sean animales, interrumpió Rive. Si la ley protege mis miradas contra un espectáculo inmoral, mis sentimientos se conmueven ante esa barbarie, y el sufrimiento de mi piedad y la herida causada á mi sensibilidad son bien dignos de esa protección legal.

—Tiene usted razón, dijo Bonnelle. Pero quizá se considere esa tolerancia como una válvula para permitir una salida á los instintos sanguinarios de la humanidad.